

A la memoria de

Monseñor Guízar

(R. I. P.)



BX4705
.G76
R8
c.1

Elogio Fúnebre

Editorial Voluntad



BX4705

.G76

R8

c.1

513



1080025597

Luchando contra la Bestia

por el Exmo. Sr. Obispo de Huejutla. Formidable obra en la que la mirada penetrante y severa del más grande de los Obispos mexicanos fustiga al Comunismo. \$ 2. 50.

TIRANO Y VICTIMAS

por CLAUDIO ALVAREZ. - Un libro real de una tragedia de oprobio y vergüenza. La persecución religiosa en Veracruz. \$ 2.50

Vida de Jesús

por Francisco Valdés Vergara. Pequeño libro de diáfana exposición sobre Cristo. Precio \$ 1. 00.

Manual de Cuestiones Contemporáneas

por el Cardenal VERDIER. Pequeño libro sumamente interesante. Especialmente para los obreros y patronos. El Cardenal Verdier es un maestro en estas cuestiones. \$ 0. 50.

**AL HACER SU PEDIDO
ACOMPÁÑE EL IMPORTE**

Elogio Fúnebre a

Mons. Rafael Guízar

en su sepelio en la
Ciudad de Jalapa.



Por el Presbítero
RAFAEL RUA A.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

EDITORIAL VOLUNTAD
APARTADO POSTAL 9083. MEXICO.

V
922
G

BX4705
676
28

Con licencia Eclesiástica.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125772



MAESTRO:

que tus enseñanzas, emanadas de las del Supremo Maestro Jesús, fructifiquen en tu amado suelo veracruzano y ascienda el perfume de tu humildad por todos los ámbitos patrios.

004313

Excelentísimos Señores: (1)

Muy Venerable Cabildo: (2)

Venerables Sacerdotes:

Oyentes muy amados:

Entre el cielo y la tierra se levantó una cruz; las generaciones que habían pasado la vieron a través de un prisma de esperanza; las generaciones que se han sucedido la han contemplado a través de un prisma de adoración. Sobre esa cruz estaba Cristo. El que vistiera el cielo con el tisú de las estrellas, las campiñas con flores y a los pájaros con la seda tornasolada de sus plumajes brillantes, con una vestidura tejida con los hilillos de su propia sangre, agonizaba sobre el patíbulo.

La multitud de los siglos le contempló y Él, en un exceso de amor igual al que arrancó, con un grito de omnipotencia, de los abismos de la nada, el torbellino de los mundos, buscó algo más que dar a los hombres antes de morir. Hizo el recuento de lo que ya tenía entregado. En la solemnidad del Cenáculo entregó por amor, en el milagro Eucarístico, su Divinidad y su Humanidad, su Cuerpo y su Sangre por la

(1) Sres. Obispos Dr. Dn. Antonio Guzár, hermano del difunto y Sr. Dr. Dn. Francisco González, primohermano del Obispo muerto.

(2) El de la Diócesis de Veracruz.

salvación del mundo; en una mirada de comprensión sobre los siglos, dejaba al mundo, como herencia, el prodigio de su Iglesia, y el haber dado en la Eucaristía todo su ser Divino-Humano, permitidme la figura, pensó que lo había entregado todo; mas dióse cuenta de que al pie de la cruz, recibiendo la última gota de su sangre, como en sublime reclamo de la primera gota entregada a la acción del Espíritu Santo en Nazareth, estaba María. Y en nuevo exceso de amor, semejante al creador de la Eucaristía y de la Iglesia, nos entregó a su Madre. ¡Esa fue la preciosa herencia de Jesús!

El Maestro Sublime ha encontrado, por el sendero de los siglos, aventajados discípulos que han sabido posar las plantas sobre las gotas de sangre y huellas de cruz que señalan el verdadero camino; que supieron vivir pobres de espíritu, como el Maestro, y morir pobres sobre la cruz del cumplimiento del deber. Entre ellos, nadie podrá negarlo, debemos contar al Exmo. Sr. Obispo de Veracruz, cuyos despojos están presentes.

Este discípulo aventajado, como el Maestro en el instante de su vida, quiso dejarnos una preciosa herencia muy semejante a la de Jesús. Si Cristo nos entregó todo su sér en el milagro de la Eucaristía; en una mirada de comprensión sobre los siglos, el prodigio de su Iglesia, y, en un exceso de amor nos entregó a su Madre; el Señor Obispo de Veracruz, en un arranque sublime de amor a las almas, realizó el sacrificado prodigio de inventar algo así como una nueva especie milagrosa de Eucaristía, en la que pudo entregar a sus hijos todo su ser, su apostolado; en un derroche de apostólico amor, dejó a la Iglesia un crecido número de sacerdotes veracruzanos formados por él, y en el Seminario, un álveo mirífico de almas

sacerdotales. Y si su Excelencia aún hubiera tenido madre al morir, habríala entregado también, como Cristo nos entregó a María; pero como ella le había tomado la delantera en el Cielo, nos dejó el tesoro de sus preciosos recuerdos.

I.

En un derroche de amor el Dios Infinito dió a los hombres la generación infinita y eterna de su propia substancia, entregando al Verbo Divino. Nos lo dice la Santa Escritura: "Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito".

El Verbo se hizo hombre y amando a los suyos que estaban en el mundo, los amó con exceso. Por amor inventó un nuevo milagro de creación para entregarse con toda su substancia, divina y humana, toda su alma, todo su cuerpo, toda su vida, todo su sér. Y creó la Divina Eucaristía. Fue la dación de su sér en un misterio de amor.

Diecinueve siglos después, en las preciosas páginas del Evangelio, leyó un discípulo del Maestro Divino, la sublime historia; haciendo de su alma una custodia de oro, puso en ella la Eucaristía y entendió y sintió y saboreó la dación sublime de Jesús. Enamorado con locura del Maestro, y por El, enamorado de las almas, quiso entregarse a ellas. ¿Pero cómo realizar el prodigio? No era dueño de la substancia de las cosas, ni tenía en sus manos las leyes sorprendentes que gobiernan los mundos; pero tenía un alma, un cuerpo, una vida que entregar por amor a las almas, en el sacrificio de una preciosa vida de apostolado.

El templo donde fue ordenado sacerdote fue su Cenácu-

lo, en él, al ser convertido en sacerdote, permitidme la expresión, instituyó la milagrosa nueva especie de Eucaristía, en la que entregaría, por amor a las almas y para siempre, todo su sér. Después, misionando por todas partes, en los campos de la querida Patria y en naciones extranjeras, empezó la preciosa entrega de todas sus energías, de su vida, y el aniquilamiento de su cuerpo. Fue en la Diócesis de Veracruz especialmente donde terminó la realización de su milagro de amor.

El Señor Obispo entregó a las almas su alma, en el calvario del sacrificio, desde que inició su vida sacerdotal; porque si toda vida de cumplimiento de deberes es un calvario, con mayor razón lo es la vida del sacerdote.

Consagró su vida a su alto ministerio, no en forma ordinaria, sino haciéndola ascender a las esferas del mayor don que Dios puede conceder a los hombres, el del apostolado.

Aniquiló su cuerpo en el trabajo, hasta la última vibración de su sistema nervioso, hasta el último latido de su corazón de hombre y de sacerdote, hasta el último hálito de su preciosa existencia.

Quienes tuvimos el alto honor y la inefable dicha de acompañarle en las misiones, fuimos testigos de la dación sacrificada de su alma, de su cuerpo, de todas sus energías y de su vida, por amor a las almas. Hagamos un recuerdo.

En cierta ocasión, misionando en una parroquia de la sierra de Huatusco, allá por los años de 1925, le ví, hablando sin hipérbole, arrastrar su cuerpo agobiado por altísima fiebre, pasarse las noches de claro en claro, en el confesonario, levantándose de él para celebrar el Santo Sacrificio y conti-

nuar sus meritísimas labores de predicación, confirmación y enseñanza del Catecismo.

Se me antojó entonces recordar la bella obra de Marmión: "Jesucristo Vida del Alma", y me dije: Si Jesucristo es vida del alma y el alma es vida del cuerpo, ¿por qué no decir que puede también ser Jesús vida del cuerpo, cuando el alma le ama? Esto se palpó en la vida de constante dación del Señor Obispo de Veracruz, en que aunque con el organismo agotado, el ideal de Cristo le vivificaba en todas sus acciones. En sus trabajos misionales, lo digo en presencia de su cadáver, yo le ví dar a las almas y por las almas todo su sér. ¡Preciosa nueva especie de Eucaristía en que un hombre apóstol, no pudiendo dar su propia substancia, como Jesús, supo entregar toda su vida!

II.

Si sólo el amor de un Dios fue capaz de entregar a los hombres a su Verbo Infinito; si sólo el amor de un Dios Encarnado fue capaz de realizar el milagro de la Eucaristía, sólo el amor de Jesucristo fue capaz de crear la Iglesia.

—Tres años de vivir con los hombres—pensó cierto día Jesús—, son muy poco tiempo para los anhelos de mi amor sin límites; tres años de vivir los hombres conmigo, son muy poco tiempo para las miserias inmensas de la pobre humanidad. Ciertamente es que me doy a ella íntegramente en el milagro Eucarístico; ¿pero quién me llevará en el secreto de la Eucaristía a la vida de todos los hombres y al corazón de todas las generaciones? Cuando muera en la cruz ¿quién quedará en

la tierra para sanar a los enfermos, resucitar a los muertos y sobre todo, perdonar a los pecadores? ¡Necesito un nuevo milagro! Y llamando a los pescadores del mar de Galilea convirtiéndolos en apóstoles.

Fundó la Iglesia, facultó a sus discípulos para perpetuar el sacrificio de la Cruz, en la Misa incruenta; les autorizó para llevar su divina palabra por el mundo y por los siglos, para derramar su gracia por el misterioso canal de los Sacramentos y pensó: Ya no queda sola la humanidad. Tendrán los ciegos quien les dé la luz, las almas enfermas la salud, y los corazones pecadores el perdón y la vida.

¡Cuánta razón tuvo Jesús para fundar la Iglesia! En la Eucaristía se quedó; pero en silencio, sin poder correr tras de las ovejuelas perdidas; en la Iglesia místicamente dejó sus manos para enjugar lágrimas, su lengua para hablar de la Verdad Eterna y de los consuelos de la Gloria; sus pies para ir en pos de los pecadores; su corazón para compadecer todas las miserias. Si la Encarnación fue algo así como una segunda especie de Eucaristía en que el Padre Celestial dió a su Verbo Infinito, la Iglesia es como una segunda especie de Eucaristía en la que Jesús, como en el milagro del Cenáculo, se entregó totalmente a los hombres, hasta la consumación de los siglos.

Como sacerdote de esa Iglesia, como partícula de aquella Eucaristía pasó por la tierra el Señor Obispo de Veracruz, miembro del Cuerpo místico de Cristo. Pudo facultado por el Maestro Divino desde hace diecinueve siglos, continuar el Sacrificio del Calvario en beneficio de los hombres; pudo, co-

mo el Maestro, sanar a los enfermos del alma y resucitar a la vida de la gracia a los corazones muertos.

Cierto día, empero, ya consagrado Obispo el Sr. Guizar, pensó: Algún día, cuando llegue a la cumbre de mi calvario, enclavado sobre la cruz del cumplimiento de mis deberes, habré de morir. Entonces mis hijos, los hijos que Dios me ha donado, los corazones veracruzanos, se quedarán sin mí. ¿Cómo quedarme con ellos? ¿Cómo dejarles mis manos para que enjuguen sus lágrimas, mis pies para que corran tras de los pecadores, y mi corazón para compadecerlos? —¡Haré lo que el Maestro! Y se acercó a las riberas del mar de la vida, llamó a unos hombres para trocarlos, divinamente facultado, en pescadores de almas; los plasmó en conformidad con las enseñanzas del Divino Nazareno, los modeló en el troquel de su espíritu, y dejó a la Diócesis de Veracruz un Clero nuevo.

Así se completó un corazón.—¿Cómo?—preguntaréis. Así se completó el corazón que viene hoy a llorar con amor y gratitud ante el féretro del Prelado muerto. Su predecesor en el Episcopado, dejó al morir la mitad del corazón, en sus sacerdotes; el Sr. Obispo Guizar, al morir dejó también en los sacerdotes formados por él, la mitad del corazón. De esas dos mitades, fuertemente apretadas por el vínculo de oro del amor cristiano y de la Iglesia, se hace una síntesis de corazón que, en estas circunstancias de amargura, eleva al cielo el incienso de sus plegarias por el descanso del alma del padre muerto, y derrama las mismas lágrimas de sinceridad cabe su tumba. Como el Maestro Divino, el hombre apóstol, Monseñor Guizar, dejó en la Iglesia de los siglos a su amado Clero. ¡Preciosa herencia!